

habia hecho por la suya, para que la causa de entrambos fuese juzgada por el emperador en su consejo: que si no adhería á este convenio, no tenia que hacer sino retirarse, y ceder su silla episcopal á Aujencio.

San Ambrosio hizo presentar una respetuosísima representacion sobre todos los capitulos: y añadió, que segun el edicto de Valentiniano su padre, en las causas de fe el juez no debe ser de inferior condicion que las partes: que á los obispos tocaba juzgar á los emperadores cristianos en las causas de religion; pero que nunca habian tenido facultad los emperadores cristianos para juzgar á los obispos; y que el lego no debe echar jamás la mano al incensario. Despues de haber enviado esta humilde representacion al emperador, se retiró el Santo á la iglesia, donde fué seguido de un sin número de gentes prontas á morir antes que permitir que les llevasen su pastor. La iglesia fué cercada de soldados, que no se quitaban de dia ni de noche: entonces fué cuando nuestro Santo, para entretener santamente á los fieles, compuso muchos himnos que hacia cantar á dos coros, mezclados con salmos. La emperatriz, temiendo una sedicion, dejó de perseguirle; y Dios consoló á nuestro Santo descubriéndole las reliquias de los dos santos hermanos mártires Gervasio y Protasio, lo que aumentó la rabia y el despecho de la emperatriz arriana. Un cierto Eutimio, que habia un año tenia dispuesto el carruaje en que debia ser llevado nuestro Santo, fué puesto en él para ser conducido al destierro; y S. Ambrosio le dió, de pura caridad, el dinero necesario para el viaje.

Durante esta calma continuó el Santo en dar instrucciones al pueblo, y siempre con mayor fruto. La conversion del gran san Agustin es una de las conquistas que hará eternamente una de las mas bellas partes del elogio de nuestro Santo; se cree que fué por este tiempo cuando los dos grandes Santos compusieron el célebre cántico: *Te Deum laudamus...*, que hacian cantar á dos coros en las juntas de los fieles para dar gracias á Dios por la calma no esperada que habia dado á la iglesia de Milan, y por la victoria conseguida sobre la herejía arriana.

A pesar del odio que tenia la emperatriz á S. Ambrosio, necesitó de él en las apretadas urgencias del estado: recurrió al Santo, y le pidió que volviera á verse con el tirano Máximo. El Santo aceptó esta peligrosa comision: fué á Tréveris, y habló á aquel príncipe con una libertad y una intrepidez cristiana que pasmó al tirano. Máximo le respetó; pero como habia determinado entrar en Italia y destronar á Valentiniano, hizo poco caso de las razones y representaciones de S. Ambrosio. Sabien-

do Justina que el tirano habia pasado los Alpes, se retiró á Oriente con su hijo Valentiniano, y fué á arrojarle entre los brazos del gran Teodosio. Este gran príncipe les recibió benignamente, y les dijo claramente que su desventura no tenia otro principio que la proteccion que habian dado á los arrianos en lugar de escuchar y sostener á los obispos católicos. El emperador Teodosio pasó con un ejército á Occidente, atacó á Máximo, le derrotó enteramente, y restableció á Valentiniano en el trono.

Apenas este gran príncipe hubo conocido á S. Ambrosio cuando le estimó; le honró y le veneró; pero si quedó prendado de su gran piedad, no quedó menos edificado de su firmeza en sostener los derechos de la Iglesia. Habia consentido el emperador que se volviese á los judíos de Milan su antigua sinagoga, á lo cual el santo obispo se opuso; pero nada da á conocer mejor que se sobreponia á todo respeto humano, que aquella santa libertad con que habló al emperador despues de la cruel matanza de Tesalónica. Los habitantes de esta desventurada ciudad, habiendo dado la muerte en una sedicion á uno de los capitanes generales del emperador, le irritaron tan cruelmente, que abandonó la ciudad á discrecion de sus tropas, las que pasaron á cuchillo hasta quince mil personas: todo el mundo se horrorizó de una accion tan bárbara. San Ambrosio escribió á Teodosio una carta respetuosa, pero viva, para representarle la atrocidad de esta ejecucion, y moverle á penitencia. La carta hizo en el emperador el efecto que deseaba Ambrosio, haciendo que el emperador se manifestase arrepentido de lo hecho: algun tiempo despues, habiendo ido á Milan este príncipe, quiso entrar en la iglesia, mas el santo prelado le prohibió la entrada, presentándose ante el emperador, y hablándole con respeto, mas con toda la autoridad que le daba su carácter sostenido de la santidad de su vida. El emperador le oyó con los ojos bajos, sin hablar palabra, hasta que habiendo acabado de hablar Ambrosio, le respondió: *Ya conozco mi culpa, y espero mucho en la misericordia divina. David*, añadió, *esperó mucho en ella, y no padeció jamás la confusion de haber esperado en vano, aunque cometió un adulterio y un homicidio.—Vos le habeis imitado en su pecado*, replicó el Santo, *imitadle, pues, en su penitencia*. Hizo el emperador lo que le aconsejaba Ambrosio; pues mirándose como escomulgado, estuvo ocho meses sin entrar en la iglesia; y Ambrosio no le absolvió de su pecado, ni le admitió á la participacion de los divinos misterios, sino despues de una penitencia pública. Teodoreto añade, que el religioso príncipe despues de haber ido al ofertorio con los ojos bañados en lágrimas, fué

á ponerse en el coro, y se quedó en el presbiterio. Habiéndolo advertido S. Ambrosio, le preguntó si quería alguna cosa; el emperador respondió que aguardaba que llegara el tiempo de la comunión. El Santo le envió á decir, que solo á los ministros sagrados les era permitido entrar en el lugar santo; que la púrpura podía hacer príncipes, pero no sacerdotes; y que el presbiterio no era para los emperadores. Teodosio recibió la advertencia con humildad, salió fuera de la barandilla, y se puso entre los legos, donde el santo obispo le hizo dar un puesto cual convenia á su clase y á su dignidad. Estando en Constantinopla este príncipe algun tiempo despues, y hallándose en la iglesia un día de fiesta, salió del presbiterio despues de la ofrenda; y habiéndole preguntado el patriarca Nectario, por qué habia salido del coro, respondió el emperador con un suspiro: «¡Ah! hasta de poco tiempo á esta parte no he sabido la diferencia que hay entre el sacerdocio y el imperio. Apenas he podido hallar un hombre que me enseñase la verdad: no he conocido otro que Ambrosio que lleve con justo título el nombre de obispo.» Este príncipe tuvo toda su vida una idea tan alta de la prudencia y santidad del santo prelado, que al morir le recomendó sus hijos Honorio y Arcadio.

Ningun obispo estuvo jamás en mas alta reputacion que nuestro Santo: de todas las partes del mundo venian á verle, á consultar con él, y á oírle. Le miraban todos como el general de los ejércitos del Señor; como el azote no solo de los arrianos, sino tambien de todos los herejes de su siglo. Asistió y presidió á muchos concilios, en los que confundió á Prisciliano, á Joviniano, y á todos los otros enemigos de la fe. Sus escritos hacian tanto fruto en los países estranjeros como en Milan; y de todas partes se le consultaba como al oráculo de la Iglesia. Con un mérito tan eminente jamás se vió prelado mas humilde. Su mansedumbre, su modestia, su afabilidad le hicieron dar el nombre de padre del pueblo; y su caridad inmensa, el de padre de los pobres. Despues de haber dado todo su patrimonio, agotado sus rentas, y vendido sus muebles para asistir á los miserables, vendió hasta los vasos sagrados para emplear el precio en rescatar los cautivos cristianos, y aliviar los pobres durante la tiranía de Máximo.

El año 396, Fritigila, reina de los marcomanos, pueblos de Germania, que ocupaban lo que comprende hoy la Bohemia, habiendo oido hablar de S. Ambrosio á un cristiano que habia ido á Italia, quedó tan impresionada de todo lo que le dijo de él, que no pudo dudar que la religion de Ambrosio fuese la verdadera;

creyó, pues, en Jesucristo, y envió embajadores á Milan para pedir al Santo que la diera algunas instrucciones por escrito, y la señalase la regla que debia observar en su creencia y en su conducta: lo que ejecutó el Santo en una admirable carta que la escribió en forma de catecismo. Esta princesa quedó tan prendada del Santo, que ella misma vino á Milan para tener el consuelo de verle y oírle; pero encontró que ya habia muerto.

Cayó enfermo en el mes de febrero del año 397. El conde Estilicon, amigo intimo del Santo, exhortó á todos los habitadores de Milan que pidiesen á Dios por la vida de un hombre que era tan necesario al bien del estado y de la Iglesia. Estando los principales de la ciudad llorando al rededor de su cama, les dijo el Santo: No he vivido entre vosotros de modo que deba tener vergüenza de vivir todavía: tampoco temo morir; porque tengo que tratar con un Señor infinitamente bueno. Poco antes de morir se le apareció Jesucristo, quien le llenó de un dulce consuelo, y le convidó á la gloria celestial. Finalmente, el sábado santo, que cayó á 4 de abril el año 397, aquella grande alma fué á recibir en el cielo el premio debido á su eminente virtud, á sus trabajos y á sus méritos. S. Honorato, obispo de Verceli, que se halló á su muerte, le administró el Viático pocas horas antes de espirar. Sus funerales fueron una pompa célebre por la cual se empezó á darle los honores debidos á los Santos, y esta veneracion se ha ido aumentando con los siglos.

A mas de su insigne piedad, de su zelo infatigable y de sus raros talentos, tenia una ciencia tan llena de unción, y una dulzura tan particular en la espresion, que le ha hecho dar el sobrenombre de doctor meliflúo, ó que destila miel. Como murió en un tiempo que por lo comun está ocupado con el oficio de pasqua ó de cuaresma, la Iglesia ha fijado su fiesta á 7 de diciembre, día de su consagracion: fuera de esta fiesta hay otra que se celebra en Milan á 30 de noviembre, que fué el día de su bautismo.

La misa es en honor de S. Ambrosio, y la oracion la que sigue:

O Dios, que diste á tu pueblo por ministro de la salvacion eterna al bienaventurado Ambrosio; os rogamos nos concedais que ya que le tuvimos en la tierra por doctor y director de nuestra vida, merezcamos tenerle por intercesor en los cielos. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es de la segunda del apóstol S. Pablo á Timoteo, capítulo 4.

Carísimo: Te conjuro delante de Dios, y de Jesucristo que ha de juzgar á los vivos y á los muertos por su venida y por su reino, que prediques la palabra; que instes á tiempo y fuera de tiempo; que reprendas, supliques, amenaces con toda paciencia y enseñanza. Porque vendrá tiempo en que no sufrirán la sana doctrina; antes bien juntarán muchos maestros conformes á sus deseos que les halaguen el oído, y no querrán oír la voz de la verdad, y se

convertirán á las fábulas. Pero tú vela, trabaja en todo, haz obras de evangelista, cumple con tu ministerio. Sé templado. Porque yo ya voy á ser sacrificado, y se acerca el tiempo de mi muerte. He peleado bien, he consumado mi carrera, y he guardado la fe. Por lo demás tengo reservada la corona de justicia que me dará el Señor en aquel día, el justo juez: y no solo á mí, sino tambien á todos los que aman su venida.

REFLEXIONES.

Vendrá un tiempo en que los hombres no sufrirán la sana doctrina, sino que dejándose ir al antojo de sus deseos, apartarán los oídos por no escuchar la verdad, y se echarán al lado de las fábulas. Una persona se extravía siempre demasiado cuando se deja llevar de sus deseos. No hay un deseo que no corra y se derrame como un torrente; no hay uno que no sea impetuoso, no hay uno que no sea capaz de escitar un funesto incendio. Nuestros deseos son nuestras pasiones; ¿hubo jamás un conductor mas malo? No hay una pasión que no sea ciega, impetuosa, insaciable y capaz de corromper las mejores calidades del espíritu y del corazón. Sea un hombre del mas bello natural, del espíritu mas bien acondicionado, tenga las mas bellas disposiciones para la virtud, sea el hombre mas generoso del mundo; desde el punto que este hombre se abandona á una pasión, y se hace su esclavo, todas estas brillantes calidades desaparecen, estas mejores disposiciones para la virtud se acedan y se corrompen; el natural se altera, el corazón se muda; se diría que la pasión le ha hecho volver el juicio. Buen Dios, ¿no hemos de abrir jamás los ojos? ¿ha de durar siempre el encanto? ¿la fe y la razón no han de hallar algun hueco para hacerse oír? ¿ignoramos que la pasión lo corrompe todo, y que todos nuestros

desórdenes, nuestros mismos disgustos, nuestras inquietudes, nuestros pesares no tienen casi otro origen? Estando envenenada esta fuente, como en efecto lo está, ¿se puede dudar que sea vicioso todo lo que viene de ella? pero el colmo de la desgracia está en que no hay persona que por mas abandonada que esté á la pasión, quiera persuadirse jamás que obra por pasión. Todas las pasiones tienen esto de comun, que apenas han nacido, cuando ciegan. Estarán apoderadas del espíritu y del corazón, serán el primer móvil de la mayor parte de nuestras acciones, el alma será su esclava, y todavía creemos estar exentos de sus violencias y de su tiranía; de aquí nace la dificultad casi inseparable de hacer volver de sus desbarros á una persona que se deja arrastrar de sus deseos. Porque si la ceguedad no fuera el efecto mas natural de las pasiones, ¿como se podrian encontrar tantas gentes, no destituidas enteramente de razón, cerrar los oídos para no oír la verdad? ¿como unas gentes, con alguna sombra de buen juicio, se habian de entregar á las fábulas, y gustar de ellas? Sin embargo, esto es lo que hacen todos los que se dejan dominar de la pasión. A montones tenemos los ejemplos en los herejes de todos los siglos. La pasión es la madre de todas las herejías: no hay uno que al caer en el error no haya caído en mil fábulas. ¿Es esto porque entre esos hijos rebeldes contra la Iglesia su madre, no ha habido jamás gentes de entendimiento ni de buen juicio, que hayan podido descubrir estas extravagancias? Entre todos los partidarios del error ha habido grandes ingenios; pero la pasión los cegaba. Arrianos, maniqueos, nestorianos, eutiquianos, pelagianos, luteranos, calvinistas, y por decirlo de una vez, todos los herejes han vuelto á otra parte los ojos para no ver la verdad, han desviado el oído para no oirla, y se han vuelto al lado de las fábulas. No hay una herejía que no contenga mil extravagancias que repugnan á todo hombre de buen juicio, y que no esté encaprichado ni dominado de la pasión. ¿Cuántas veces se ha visto abrazar un hombre los errores que habia combatido él mismo? Enrique VIII mereció el glorioso título de defensor de la Iglesia; mas este defensor de la fe, arrebatado de una violenta pasión, vino á ser su mas cruel enemigo. Buen Dios, ¡cuanto es de temer una pasión dominante! ¡y qué guerra no debemos hacer á todas las pasiones!

El Evangelio es del cap. 5 de S. Mateo.

En aquel tiempo dijo Jesús á sal de la tierra; y si la sal se sus discípulos: Vosotros sois la deshace, ¿con qué se salará?

Para nada tiene ya virtud, sino para ser arrojada fuera, y pisada de los hombres. Vosotros sois la luz del mundo, no puede ocultarse una ciudad situada sobre un monte. Ni encienden una vela, y la ponen debajo del celemin, sino sobre el candelero, para que alumbré á todos los que están en casa. Resplandezca, pues, así vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen á vuestro Padre, que está en los cielos. No juzguéis que he venido á violar la ley, ó los profetas: no vine á violarla, sino á cumplirla. Porque os digo en verdad, que hasta que pase el cielo y la tierra, ni una jota, ni una tilde faltarán de la ley, sin que se cumpla todo. Cualquiera, pues, que quebrante alguno de estos pequeños mandamientos, y enseñare así á los hombres, será reputado el menor en el reino de los cielos; mas el que los cumpliere y enseñare, será llamado grande en el reino de los cielos.

MEDITACION.

Sobre la preparacion para la festa de la inmaculada Concepcion de la virgen Maria.

PUNTO PRIMERO.—Considera que las mayores festividades han sido establecidas por la Iglesia para procurar los mas grandes favores del cielo á todos sus hijos; pero estas gracias abundantes piden las disposiciones necesarias en los fieles, sin lo cual estas fuentes de bendiciones se secan respecto de aquellos á quienes faltan las necesarias disposiciones. La cena de aquel gran señor de que habla el Evangelio estaba dispuesta para muchas gentes, que fueron privadas de ella por no haber querido negarse á sus placeres, á sus intereses particulares, á cien cuidados inútiles, y á mil embarazos del todo mundanos. Entre los mismos que asistieron al convite, fué severamente castigado aquel que se halló sin las disposiciones con que debía asistir. Todas las fiestas que celebra la Iglesia son una especie de banquete, por decirlo así, á que Dios nos convida. ¿Y no se encuentran personas que se dispensan de asistir á él por razones tan poco cristianas, tan frívolas como las de los convidados al banquete? Un día de campo, *villam emi*: negocios de interés; porque en fin, ¿quién no sabe que todo esto se guarda para los días de fiesta? *Compré cinco yugadas de bueyes*: negocios domésticos: *me he casado, y por eso no puedo asistir*. ¿Cómo se santifican los días de fiesta el día de hoy? ¿Por ventura son días

de negocios, de indevoción, de diversiones, de pasatiempos? ¿Con qué disposiciones se celebran? ¿Qué preparaciones se hacen la vigilia de las grandes festividades? Para una fiesta mundana, para una fiesta profana se disponen muchos días antes; pero una fiesta de religion, ¿quién hay que piense en ella aun desde la vigilia? ¿por ventura se piensa en ella el mismo día? ¿debemos admirarnos de que estos días consagrados, de que estos días de bendición, sean unos manantiales tan estériles? ¿la Iglesia en estos santos días no franquea sus tesoros? Y los santos, cuya memoria se celebra, cuyas virtudes se ensalzan, cuya intercesion, cuyo poder se implora, emplean todo el favor que gozan con Dios para derramar sobre nosotros todos los tesoros de su misericordia. ¿Qué gracias no reciben entonces los que asisten al banquete con el vestido de boda, los que se encuentran con santas disposiciones, los que se han preparado desde la vigilia para la solemnidad? ¡Cuánto nos daña, Dios mio, nuestra insolencia, nuestra poca vigilancia y nuestra poca devoción!

PUNTO SEGUNDO.—Considera que hay pocas fiestas entre año que nos deban interesar mas, y que nos puedan ser mas útiles que la de mañana. Como la Virgen santísima mira la gracia, el privilegio, la insigne prerogativa de su inmaculada concepcion como el mas insigne favor que ha recibido de Dios; no puede dejar de mirar con el mayor agrado la fiesta solemne que la Iglesia la celebra: discurre, pues, con qué complacencia, con qué benevolencia, con qué gusto mirará á los que procuran celebrar esta fiesta con devoción, con fervor, con solemnidad. ¡Con qué gozo se celebra el día del nacimiento de un monarca! ¡qué magnificencia en los vestidos, qué alabanzas en los cumplimientos! ¡pero qué benevolencia, qué liberalidad en el monarca! La fiesta de la inmaculada Concepcion de la santísima Virgen la honra mas, la es mas agradable que la de su santa natividad. ¡Con qué alegría, pues, verá las acciones de gracias que sus hijos dan al Señor por un privilegio tan singular! ¡con qué complacencia escuchará las súplicas que se la hacen! ¡con qué liberalidad derramará entonces los tesoros de las misericordias del Señor, de las que es la dispensadora! Considera cuanto importa celebrar esta gran fiesta con devoción, con fervor, con magnificencia. Pero considera igualmente cuán importante es el prepararse para ella. Si alguna excusa frívola nos embarazara en este día hacer nuestros obsequios de religion á la santísima Virgen; si nos faltara el zelo, el fervor y una santa impaciencia para mostrar á nuestra amada Madre la parte que tomamos en su gloria; si carecié-